

Colección de Artículos

**LA BIBLIA
ES LA PALABRA
DE DIOS**

Ediciones Tesoros Cristianos

Colección de Artículos
“En defensa de nuestra fe”
La Biblia

INDICE

**La Biblia: ¿de dónde es?
¿del cielo o de los hombres?.....4**

C. H. Mackintosh

La Biblia es la Palabra de Dios.....17

Roger E. Dickson

El libro de los libros.....32

Gino Iafrancesco V.

LA BIBLIA: ¿DE DÓNDE ES? ¿DEL CIELO O DE LOS HOMBRES?

"Toda la Escritura es inspirada por Dios." (2 Timoteo 3:16).

Preciosas palabras! ¡Ojalá ellas fueran más minuciosamente entendidas en este nuestro día! Es de la mayor importancia posible que el pueblo del Señor esté arraigado, cimentado y establecido en la gran verdad de la inspiración plenaria de la Santa Escritura. Es de temer que el descuido en cuanto a este asunto del mayor peso se está extendiendo en la iglesia profesante hasta una magnitud que causa consternación. En muchos lugares se ha puesto de moda mostrar desprecio ante la idea de la inspiración plenaria. Se la estima como de la más absoluta puerilidad e ignorancia. El hecho de ser capaces, mediante la crítica libre, de descubrir imperfecciones en el precioso volumen de Dios, es considerado por muchos como una gran demostración de profunda erudición, amplitud de mente y pensamiento original; y luego, presumir y asumir el derecho de juzgar la Biblia como si fuera una mera composición humana. Ellos emprenden la tarea de pronunciarse sobre lo que es, y sobre lo que no es, digno de Dios. De hecho, ellos asumen, virtualmente, el derecho de juzgar a Dios mismo. El resultado presente es, como se podía esperar, de tinieblas y confusión absolutas, tanto para los propios ilustrados doctores como para todos quienes son tan necios como para escucharlos. Y en cuanto al futuro, ¿quién puede concebir el destino eterno de todos aquellos que tendrán que responder ante el tribunal de Cristo por el pecado de blasfemar la Palabra de Dios, y descarriar a cientos mediante su incrédula enseñanza?

Sin embargo, nosotros no ocuparemos tiempo en extendernos sobre esta pecaminosa insensatez de incrédulos y escépticos - aunque se los denomine Cristianos - o sus endebles esfuerzos para arrojar deshonra sobre el incomparable volumen que nuestro amable Dios ha hecho que se escriba para nuestra enseñanza. Algún día u otro descubrirán su fatal equivocación. ¡Dios conceda que no sea demasiado tarde! Y en cuanto a nosotros, que sea nuestro profundo gozo y nuestra profunda consolación meditar en la Palabra de Dios, para que de este modo siempre estemos descubriendo algún nuevo tesoro en esa mina inagotable, algunas nuevas glorias morales en esa revelación celestial que nos habla con un detalle y una frescura tales, como si fuera escrita expresamente para nosotros - escrita en este mismo día.

No existe nada como la Escritura. Tomen, por ejemplo, cualquier escrito humano de la misma data de la Biblia; si pudieras poner tu mano en algún volumen escrito tres mil años atrás, ¿qué hallarías? Una curiosa reliquia de antigüedad, algo a ser puesto en el Museo Británico al lado de una momia Egipcia, no teniendo absolutamente ninguna aplicación para nosotros o para nuestro tiempo, un documento mohoso, una pieza de escrito obsoleto inútil para nosotros en forma práctica, refiriéndose solamente a un estado de sociedad y a una condición de cosas pasadas hace mucho tiempo y enterradas en el olvido.

La Biblia, al contrario, es el libro para el día de hoy. Es el libro de Dios, Su revelación perfecta. Es Su propia voz hablando a cada uno de nosotros. Es un libro para todas las épocas, para toda región, para toda clase de personas, para todas las clases sociales, alta, media y baja, para el rico y el pobre, para el culto y para el ignorante, para el anciano y para el joven. Habla en un lenguaje tan simple que un niño puede entenderlo, y aun así tan profundo, que el más enorme intelecto no puede agotarla. Además, habla directo al corazón, toca los mantiales más profundos de nuestro ser moral; penetra a las raíces ocultas del pensamiento y del sentimiento en el alma; nos juzga minuciosamente. En una palabra, es, como nos dice el apóstol inspirado, "viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón." (Hebreos 4:12).

Y luego, adviertan el maravilloso alcance de su extensión. Trata con precisión y tan fuertemente con los hábitos y costumbres, las mane-

ras y los axiomas del siglo 19 de la era Cristiana como con los de los días más tempranos de la existencia humana. Exhibe un perfecto conocimiento del hombre en cada etapa de su historia. El Londres de hoy y la ciudad de Tiro de tres mil años atrás son reflejados con igual precisión y fidelidad en la página sagrada. La vida humana en cada etapa de su desarrollo es retratada por una mano maestra en ese maravilloso volumen que nuestro Dios ha escrito benignamente para nuestra enseñanza.

¡Qué privilegio es poseer un libro semejante! ¡tener en nuestras manos una revelación divina! ¡tener acceso a un libro, del que cada línea es dada por inspiración de Dios! ¡tener una historia dada divinamente del pasado, el presente y el futuro! ¿Quién puede estimar correctamente un privilegio tal como este?

Pero entonces, este libro juzga al hombre - juzga sus caminos - juzga su corazón. Le dice la verdad acerca de él mismo. Por eso al hombre no le agrada el libro de Dios. Un hombre inconverso preferiría ampliamente un periódico o una novela sensacionalista a la Biblia. Él preferiría leer el reporte de un juicio en una de nuestras cortes de justicia criminal que un capítulo en el Nuevo Testamento.

De ahí, también, el esfuerzo constante de buscar defectos en el bendito libro de Dios. Incrédulos, en todas las épocas y de todas las clases, han trabajado duro para descubrir imperfecciones y contradicciones en la Escritura Santa. Los enemigos resueltos de la Palabra de Dios han de ser hallados, no sólo en las filas del vulgo, de los toscos y los corrompidos, sino entre los educados, los refinados y los cultivados. Tal como fue en los días de los apóstoles. "Ciertos hombres malos, de los ociosos que frecuentan la plaza" (Hechos 17:5 - VM), y "mujeres religiosas, de honorable condición" (Hechos 13:50 - VM) - dos clases de personas tan alejadas unas de otras, socialmente y moralmente - encontraron un punto en que ellos pudieron estar sinceramente de acuerdo, a saber, el rechazo absoluto de la Palabra de Dios y de quienes la predicaban fielmente. (Comparen Hechos 13:50 con Hechos 17:5). De este modo, nosotros siempre encontramos que los hombres que difieren en casi todo lo demás, concuerdan en su resuelta oposición a la Biblia. Otros libros son dejados en paz. Los hombres no se preocupan de señalar defectos en los escritos de Virgilio, Horacio, Homero o Heródoto; pero ellos no pueden soportar la Biblia, pues ella

los expone y les dice la verdad acerca de ellos mismos y del mundo al que ellos pertenecen.

Y, ¿no fue exactamente igual con la Palabra viva - el Hijo de Dios, el Señor Jesucristo, cuando Él estuvo aquí entre los hombres? Los hombres le aborrecieron porque Él les dijo la verdad. Su ministerio, Sus palabras, Sus modos, Su vida entera fue un testimonio constante contra el mundo; de ahí la amarga y persistente oposición de ellos: a otros hombres se les dejaba pasar, pero Él era observado y acechado en cada movimiento de Su senda. Los grandes líderes y guías del pueblo "consultaron entre sí de cómo podrían entramparle en alguna palabra." (Mateo 22:15 - VM), para hallar ocasión contra Él para poder ellos entregarle al poder y autoridad del gobernador. Así fue durante su maravillosa vida; y al final, cuando el Bendito fue clavado a la cruz entre dos malhechores, estos últimos fueron dejados en paz; no hubo insultos dirigidos a ellos, los principales sacerdotes y ancianos no menearon su cabeza ante ellos. No: todos los insultos, toda la burla, toda la tosca y desalmada vulgaridad - todo se acumuló sobre el Ocupante divino de la cruz central.

Ahora bien, es bueno que nosotros entendamos a fondo la fuente real de la oposición a la Palabra de Dios - sea ella la Palabra viva o la Palabra escrita. Ello nos capacitará para estimarla en su real valor.

El diablo odia la Palabra de Dios - la odia con un odio perfecto, y por eso él emplea incrédulos eruditos para escribir libros que demuestren que la Biblia no es la Palabra de Dios, que no puede ser, ya que hay errores y discrepancias en ella; y no sólo eso, sino que en el Antiguo Testamento encontramos leyes e instituciones, hábitos y prácticas indignas de un Ser amable y benevolente.

A todo este estilo de argumento nosotros tenemos una breve y directa respuesta; de todos estos incrédulos eruditos decimos simplemente, «ellos no conocen absolutamente nada acerca del asunto.» Ellos pueden ser muy eruditos, muy inteligentes, pensadores muy profundos y originales, bien preparados en literatura general, muy competentes para dar una opinión sobre cualquier tema dentro del dominio de la filosofía natural y moral, muy capaces de discutir cualquier asunto científico. Además, ellos pueden ser muy amables en la vida privada, caracteres estimables, amables, benevolentes y filantrópicos, amados en privado y respetados en público. Ellos pueden ser todo esto, pero

al ser inconversos, y al no tener el Espíritu de Dios, ellos son totalmente incompetentes para formarse, y mucho menos para emitir, un juicio sobre el tema de la Santa Escritura.

Si alguna persona completamente ignorante de la astronomía presumiera emitir un juicio sobre los principios del sistema Copernicano, estos mismos hombres de quienes hablamos la declararían, de inmediato, absolutamente incompetente para hablar, e indigna de ser oída sobre semejante tema. En resumen, nadie tiene ningún derecho en absoluto para ofrecer una opinión sobre un asunto del cual no tiene conocimiento. Este es un principio admitido por todas partes, y por tanto su aplicación en el caso que tenemos ahora ante nosotros no puede ser puesto en duda justamente.

Ahora bien, el apóstol inspirado nos dice, en su primera Epístola a los Corintios, que, *"el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; porque le son insensatez; ni las puede conocer, por cuanto se disciplinan espiritualmente."* (1 Corintios 2:14 - VM). Esto es conclusivo. Él habla de hombres en su estado natural, por muy erudito y cultivado que él sea. Él no está hablando de ninguna clase especial de hombres, sino simplemente del hombre en su estado inconverso, del hombre desprovisto del Espíritu de Dios. Algunos pueden imaginar que el apóstol se refiere al hombre en un estado de barbarie, o de salvaje ignorancia. De ningún modo; se trata simplemente del hombre natural, sea él un erudito filósofo o un ignorante payaso. Él no puede conocer las cosas del Espíritu de Dios. Entonces, ¿cómo puede él formarse o emitir un juicio en cuanto a la Palabra de Dios? ¿Cómo puede tomar a su cargo decir lo que es, o lo que no es digno que Dios escriba? Y si él es lo suficientemente audaz para hacerlo - como ¡es lamentable! él lo es - ¿quién será lo suficientemente necio como para escucharlo? Sus argumentos son sin base; sus teorías sin valor; sus libros sólo son aptos para el cesto de papeles desechados. Y todo esto, obsérvese, sobre el principio universalmente admitido arriba mencionado, de que nadie tiene ningún derecho a ser escuchado sobre un tema del cual él es completamente ignorante.

De este modo nos libramos de la tribu completa de escritores incrédulos. ¿Quién pensaría escuchar a un ciego disertando sobre el tema de la luz y la sombra? Y con todo, un hombre semejante tiene mayor cantidad de motivos para ser oído que un hombre inconverso sobre el tema de la inspiración. La enseñanza humana, por muy variada y ex-

tenza que sea, la sabiduría humana, por muy profunda que sea, no pueden calificar a un hombre para emitir un juicio sobre la Palabra de Dios. Sin duda un estudioso puede examinar y cotejar Manuscritos, simplemente como un asunto de crítica; él puede ser capaz de formarse un juicio en cuanto a la cuestión de la autoridad para cualquiera lectura particular de un pasaje; pero este es un asunto totalmente diferente de un escritor incrédulo que emprende la tarea de emitir un juicio sobre la revelación que Dios, en Su bondad infinita, nos ha dado. Nosotros sostenemos que ningún hombre puede hacer esto. Es sólo por el Espíritu que inspiró las Santas Escrituras que esas Escrituras pueden ser entendidas y apreciadas. La Palabra de Dios debe ser recibida en su propia autoridad. Si el hombre puede juzgarla o discutir sobre ella, no es la Palabra de Dios en absoluto. ¿Nos ha dado Dios una revelación o no? Si Él lo ha hecho, ella debe ser absolutamente perfecta en todos los aspectos, y siendo así, debe estar enteramente más allá del alcance del juicio humano. El hombre no es más competente para juzgar la Escritura de lo que él es para juzgar a Dios. Las Escrituras juzgan al hombre, no el hombre a las Escrituras.

Esto hace toda la diferencia. Nada puede ser más miserablemente despreciable que los libros que los incrédulos escriben contra la Biblia. Cada página, cada párrafo, cada frase, sólo sirve para ilustrar la verdad de la declaración del apóstol de que *" el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; ...ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente."* (1 Corintios 2:14 - VM). Su indisculpable ignorancia del tema que ellos se toman el trabajo de tratar se equipara solamente a su confianza en ellos mismos. De su irreverencia nosotros no decimos nada, pues ¿quién pensaría encontrar reverencia en los escritos de incrédulos? Quizás podríamos buscar un poco de modestia, si no fuera que nosotros estamos plenamente al tanto de la amarga animosidad que yace en la raíz de todos esos escritos, y los hace absolutamente indignos de ser considerados ni por un momento.

Otros libros pueden contener un examen desapasionado: pero el acercamiento al precioso libro de Dios es llevado a cabo con la prede-terminada conclusión de que no es una revelación divina, porque, ciertamente, los incrédulos nos dicen que Dios no nos podía dar una revelación escrita de Sus pensamientos.

¡Qué extraño! Los hombres pueden darnos una revelación de sus pensamientos, y los incrédulos lo han hecho así muy claramente; pero Dios no puede. ¡Qué insensatez! ¡Qué presunción! ¿Porqué, podríamos preguntar legítimamente, Dios no podía revelar Sus pensamientos a Sus criaturas? ¿Por qué hay que pensar en ello como algo increíble? Por ninguna razón en absoluto, sino porque los incrédulos desearían que fuera así. El deseo es, en este caso, padre del pensamiento. La cuestión hecha surgir por la serpiente antigua en el huerto del Edén casi seis mil años atrás, ha sido transmitida de época a época por toda clase de escépticos, racionalistas e incrédulos, a saber, " *¿Conque ha dicho Dios:...?* (Génesis 3:1 - VM). Nosotros respondemos con intenso deleite, «Sí, bendito sea Su santo nombre, Él ha hablado - nos ha hablado. Él ha revelado Sus pensamientos; Él nos ha dado las Santas Escrituras.» *"Toda la Escritura es inspirada por Dios; y es útil para enseñanza, para repreensión, para corrección, para instrucción en justicia; a fin de que el hombre de Dios sea perfecto [artios], estando bien preparado para toda buena obra."* (2 Timoteo 3: 16, 17 - VM). y de nuevo, *"Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza."* (Romanos 15:4).

¡El Señor sea alabado por tales palabras! Ellas nos aseguran que toda Escritura es dada por Dios, y que toda Escritura es dada a nosotros. ¡Precioso vínculo entre el alma y Dios! ¿Qué lenguaje puede hablar del valor de un vínculo tal? Dios ha hablado - nos ha hablado. Su Palabra es una roca contra la cual todas las olas del pensamiento incrédulo se estrellan en desdeñable impotencia, dejándola en su propia fortaleza divina y estabilidad eterna. Nada puede tocar la Palabra de Dios. Ni todos los poderes del hombre y del infierno, hombres y demonios combinados pueden mover alguna vez la Palabra de Dios. Allí se yergue en su propia gloria moral, a pesar de todos los asaltos del enemigo de época en época. *"¡Hasta la eternidad, oh Jehová, tu palabra permanece estable en el cielo!"* (Salmo 119:89 - VM). *"Has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas."* (Salmo 138:2). ¿Qué queda para nosotros? Solamente esto, *"Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti."* (Salmo 119:11 - VM). Aquí yace el profundo secreto de la paz. El corazón es unido al trono, sí, al corazón mismo de Dios mediante Su muy preciosa Palabra, y es puesta así en posesión de una paz que el mundo no puede dar, ni quitar. ¿Qué pueden producir todas las teorías, los razonamientos y los argumentos de los incrédulos? Simplemente nada. Ellos son estimados como el tamo

de las eras de verano. Para uno que ha aprendido realmente, por medio de la gracia, a confiar en la Palabra de Dios - a descansar en la autoridad de la Santa Escritura - todos los libros incrédulos que alguna vez fueron escritos son absolutamente sin valor, sin sentido, sin poder; ellos exhiben la ignorancia y la terrible presunción de los escritores; pero en cuanto a la Escritura, ellos la dejan exactamente donde siempre ha estado y siempre estará, "estable en el cielo" (Salmo 119:89 - VM), tan inamovible como el trono de Dios.

[Al referirnos a escritores incrédulos, deberíamos tener en mente que, con mucho, los más peligrosos de todos son quienes se llaman a sí mismos Cristianos. En nuestros días de juventud, siempre que oíamos la palabra "incrédulo" pensábamos en seguida en alguno como Tom Paine, o Voltaire; ahora, ¡es lamentable! tenemos que pensar en los así llamados obispos o doctores de la iglesia profesante. ¡Un hecho tremendo!]

El asalto de los incrédulos no puede tocar el trono de Dios ni pueden ellos tocar Su Palabra; y, bendito sea Su nombre, tampoco pueden tocar la paz que fluye a través del corazón que reposa sobre ese fundamento imperecedero. "Grande es la paz de los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo." (Salmo 119:165 - VM). "La palabra del Dios nuestro permanece para siempre." (Isaías 40:8). "Toda carne es como hierba, Y toda la gloria del hombre como flor de la hierba. La hierba se seca, y la flor se cae; Mas la palabra del Señor permanece para siempre. Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada." (1 Pedro 1:24, 25).

Aquí tenemos nuevamente el mismo precioso vínculo dorado. La Palabra que ha llegado a nosotros en la forma de buenas nuevas es la Palabra del Señor que permanece para siempre: y de ahí que nuestra salvación y nuestra paz son tan estables como la Palabra sobre la cual ellas están fundamentadas. Si toda carne es como hierba, y toda la gloria del hombre como flor de la hierba, entonces ¿qué valor tienen los argumentos de los incrédulos? Ellos son tan inútiles como la hierba seca o la flor caída, y los hombres que los ponen en circulación y aquellos que son movidos por ellos hallarán que son así, más temprano o más tarde. ¡Oh! la pecaminosa insensatez de disputar contra la Palabra de Dios - de disputar contra la única cosa en todo este mundo que puede dar reposo y consolación al pobre y cansado corazón humano - disputar contra lo que trae las buenas nuevas de salva-

ción a pobres pecadores perdidos - ¡y las trae frescas desde el corazón de Dios!

Pero aquí, quizás, podemos vernos enfrentados a la pregunta tan a menudo esgrimida y que ha atribulado a muchos y les ha conducido a huir buscando refugio en lo que se denomina "La autoridad de la iglesia." La pregunta es esta: ¿Cómo sabemos que el libro que llamamos la Biblia es la Palabra de Dios? Nuestra respuesta a esta pregunta es una muy sencilla, y es esta: Aquel que nos ha dado, por gracia, el libro bendito, puede darnos también la certeza de que el libro proviene de Él. El mismo Espíritu que inspiró a los varios escritores de las Santas Escrituras nos puede hacer conocer que esas Escrituras son la voz misma de Dios hablándonos. Es sólo por Su Espíritu que alguien puede discernir esto. Como ya hemos visto, "el hombre natural no recibe las cosas del Espíritu de Dios; . . . ni las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente." (1 Corintios 2:14 - VM). Si el Espíritu Santo no nos hace conocer y nos da la certeza de que la Biblia es la Palabra de Dios, ningún hombre o cuerpo de hombres puede, posiblemente, hacerlo: y, por otra parte, si Él nos da la bendita certeza nosotros no necesitamos el testimonio del hombre.

Nosotros admitimos sin reserva que una sombra de incertidumbre sobre esta pregunta sería una tortura y una miseria positivas. ¿Pero quién nos puede dar certeza? Dios solo. Si todos los hombres que están en la tierra se pusieran de acuerdo para testificar de la autoridad de la Santa Escritura, si todos los concilios que alguna vez se celebraron, todos los doctores que alguna vez enseñaron, todos los padres de la iglesia que alguna vez escribieron estuvieran a favor del dogma de la inspiración plenaria; si la iglesia universal, si cada denominación en la Cristiandad diera su asentimiento a la verdad de que la Biblia es, de hecho, la Palabra de Dios; en una palabra, siuviésemos toda la autoridad humana que alguna vez se pudiera tener con referencia a la integridad de la Palabra de Dios, ello sería absolutamente insuficiente como terreno de certeza; y si nuestra fe estuviese fundada sobre aquella autoridad ella sería perfectamente sin valor. Dios solo puede darnos la certeza de que Él ha hablado en Su Palabra; y, bendito sea Su nombre, cuando Él la da, todos los argumentos, todas las objeciones, todas las sutilezas, todos los cuestionamientos de incrédulos, antiguos y modernos, son como espuma sobre las aguas, como el humo que sale del tope de una chimenea, o como el polvo sobre el piso. El creyente verdadero los rechaza como rechaza tanta basura sin valor y

reposa en santa tranquilidad en aquella incomparable revelación que nuestro Dios nos ha dado por gracia.

Es de la mayor importancia posible para el lector que esté minuciosamente claro y establecido en cuanto a este serio asunto si ha de elevarse por sobre la influencia de la incredulidad, por un lado, y de la superstición, por el otro. La incredulidad se encarga de decirnos que Dios no nos ha dado un libro - la revelación de Su mente - que no podía darlo. La superstición se encarga de decirnos que aunque Dios nos ha dado una revelación, con todo, nosotros no podemos tener certeza de ella sin la autoridad del hombre, ni entenderla sin la interpretación del hombre. Ahora bien, es bueno ver que por medio de las dos nosotros somos privados de la dádiva preciosa de la Santa Escritura. Y esto es precisamente lo que el diablo pretende. Él nos quiere privar de la Palabra de Dios; y él puede hacer esto tan eficazmente por medio de la aparente falta de confianza en uno mismo que humilde y reverentemente acude a hombres sabios y eruditos en busca de autoridad, como por medio de una incredulidad audaz que rechaza con denuedo toda autoridad, humana o divina.

Tomen un caso. Un padre escribe una carta a su hijo que está en la ciudad de Cantón (China), una carta llena del afecto y ternura del corazón de un padre. Él le cuenta sus planes y arreglos, le cuenta todo lo que él piensa que puede interesar al corazón de un hijo - todo lo que el amor del corazón de un padre podría sugerir. El hijo llama a la oficina de correos en Cantón para preguntar si hay una carta de su padre para él. Un funcionario de correos le dice que no hay ninguna carta, que su padre no le ha escrito y no le podría escribir, no le podría comunicar en absoluto sus pensamientos por un medio semejante, que solamente es insensatez pensar en una cosa como esta. Otro funcionario se presenta y dice, «Sí, hay aquí una carta para usted, pero usted no podría entenderla en absoluto; es bastante inservible para usted, de hecho solamente puede hacerle un daño positivo ya que usted es bastante incapaz de leerla correctamente. Usted debe dejar la carta en nuestras manos, y nosotros le explicaremos las porciones de ella que consideremos apropiadas para usted.» El primero de estos dos funcionarios representa la incredulidad; el último, la superstición. Por medio de ambos el hijo se vería privado de la carta largamente esperada - la preciosa comunicación proveniente del corazón de su padre. ¿Pero cuál, podemos preguntar, sería su respuesta a estos funcionarios indignos? Una muy breve y directa, podemos reposar seguros. Él

diría al primero, «Yo se que mi padre me puede comunicar sus pensamientos por medio de una carta, y eso él lo ha hecho.» Él diría al segundo, «Yo se que mi padre me puede hacer comprender sus pensamientos mucho mejor de lo que usted puede hacerlo.» Y diría a los dos, y eso, también, con denuedo y firme decisión, «Entréguenme de inmediato la carta de mi padre, está dirigida a mí, y ningún hombre tiene ningún derecho de retenerla y no entregármela.» De esta manera, también, el Cristiano de corazón sencillo debería enfrentar la insolencia de la incredulidad y la ignorancia de la superstición - las dos agencias especiales del diablo, en este nuestro día, para desechar la preciosa Palabra de Dios. «Mi Padre ha comunicado Sus pensamientos, y Él me puede hacer entender la comunicación.» *"Toda la Escritura es inspirada por Dios."* (2 Timoteo 3:16). Y, *"las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron."* (Romanos 15:4). Magnífica respuesta para todo enemigo de la preciosa e incomparable revelación de Dios, ¿sea él un racionalista o un ritualista!

Nosotros sentimos que es nuestro deber sagrado, como muy ciertamente es nuestro alto privilegio, recalcar a todos aquellos a quienes tenemos acceso, la inmensa importancia, sí, la necesidad absoluta de la decisión más inexorable sobre este punto. Debemos mantener fielmente, a cualquier costo, la autoridad divina, y por tanto la supremacía absoluta y la suficiencia total de la Palabra de Dios en todos los tiempos, en todos los lugares, para todos los propósitos. Nosotros debemos atenernos a que las Escrituras, habiendo sido dada por Dios, son completas en el sentido más alto y más pleno de la palabra; que ellas no necesitan ninguna autoridad humana para acreditarlas o ninguna voz humana para hacerlas disponibles; ellas hablan por sí mismas y llevan sus credenciales con ellas. Todo lo que nosotros debemos hacer es creer y obedecer, no razonar o discutir. Dios ha hablado: a nosotros nos toca escuchar y rendir una obediencia sin reservas y reverente.

Nunca hubo un momento en la historia de la iglesia de Dios en el que fuese más necesario urgir sobre la conciencia humana la necesidad de obediencia implícita a la Palabra de Dios como el día actual. Ello es, ¡lamentablemente! muy escasamente sentido. Los cristianos profesantes, en su mayor parte, parecen considerar que tienen un derecho a pensar por sí mismos, a seguir su propia razón, su propio juicio, o su propia conciencia. Ellos no creen que la Biblia sea una guía divina y universal. Piensan que existen muchísimas cosas en las que se nos

deja escoger a nosotros mismos. De ahí las casi innumerables sectas, partidos, credos y escuelas de pensamiento. Si se permite absolutamente la opinión humana, entonces, como algo común, un hombre tiene tanto derecho a pensar como otro, y así ha llegado a suceder que la iglesia profesante ha llegado a servir de refrán y burla para la división.

¿Y cuál es el remedio soberano para esta extendida enfermedad? Aquí está: el sometimiento absoluto y completo a la autoridad de la Santa Escritura. No se trata que los hombres acudan a la Escritura para obtener confirmación de sus opiniones y sus puntos de vista, sino que acudan a ella para obtener el pensamiento de Dios en cuanto a todo, y que todo su ser moral se incline ante la autoridad divina. Esta es la única necesidad apremiante del momento en que nos ha tocado vivir - un sometimiento reverente, en todas las cosas, a la autoridad suprema de la Palabra de Dios. Sin duda habrá variedad en nuestra medida de inteligencia, en nuestra comprensión y apreciación de la Escritura; pero lo que nosotros apremiamos sobre todos los Cristianos es esa condición de alma, esa actitud de corazón expresada en aquellas preciosas palabras del salmista, *"Dentro de mi corazón he atesorado tu palabra, para no pecar contra ti."* (Salmo 119:11 - VM). Esto, podemos estar seguros, es grato para el corazón de Dios. *"A este hombre empero miraré, a saber, al que es humilde y contrito de espíritu, y que tiembla ante mi palabra."* (Isaías 66:2 - VM).

Aquí yace el verdadero secreto de la seguridad moral. Nuestro conocimiento de la Escritura puede ser muy limitado; pero si nuestra reverencia por ella es profunda, nosotros seremos protegidos de mil errores, de mil trampas. Y entonces habrá crecimiento firme. Creceremos en el conocimiento de Dios, de Cristo y de la Palabra escrita. Nos deleitaremos en extraer de esas profundidades vivientes e inagotables de la Santa Escritura, y en pastar a través de esas verdes pasturas que la gracia infinita ha abierto de par en par al rebaño de Cristo. Así será nutrida y fortalecida la vida divina, la Palabra de Dios llegará a ser más y más preciosa para nuestras almas, y seremos conducidos por el ministerio poderoso del Espíritu Santo a la profundidad, plenitud, majestad y gloria moral de la Santa Escritura. Seremos completamente libertados de las influencias que se están marchitando de todos los meros sistemas de teología, alta, baja o moderada - ¡una liberación muy bendita! Seremos capaces de decir a los defensores de todas las escuelas de teología bajo el sol, cualesquiera sean los ele-

mentos de verdad que ellos puedan tener en sus sistemas, lo que nosotros tenemos en perfección divina en la Palabra de Dios; no torcida y tergiversada para adaptarlos a un sistema, sino en su correcto lugar en el amplio círculo de la revelación divina que tiene su centro eterno en la Persona bendita de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

C. H. Mackintosh

LA BIBLIA ES LA PALABRA DE DIOS

Hay dos áreas de las que conseguimos información para demostrar el origen divino de la Biblia: las evidencias internas y las evidencias externas. Las evidencias internas se derivan del texto de la Biblia. ¿Cómo manifiesta la inspiración el texto por sí mismo? Esta es nuestra principal cuestión en el área de las evidencias internas.

Muchos, sin embargo, mantienen que la Biblia no puede ser utilizada como testigo para confirmar su propia inspiración, pero esta pretensión no es realmente ni justa ni válida. ¿Tiene alguien derecho a negar la autenticidad de un documento sin consultar el documento mismo? Negaría alguien las obras de Shakespeare sin primero considerar su texto? La Biblia debería ser tratada al menos como cualquier otro libro. Pero incluso esta demanda es rechazada por las mentes llenas de prejuicios de algunos, Pinnock escribió: «En tanto que insisten en su derecho de tratar la Biblia "como cualquier otro libro" (esto es, un libro producido sólo por el hombre), algunos críticos pasan entonces a tratarla como a ningún otro libro, sumergiéndola en la solución ácida del escepticismo y pesimismo histórico con el que se enfrentan a ella». Con frecuencia, cuando la Biblia contradice a Josefo, Herodoto, Orígenes o a cualquier otro de los historiadores antiguos, se le achacan a ella los errores, y Josefo y los otros quedan exentos de toda duda. Estas injustas críticas no son objetividad erudita, sino una irracional incredulidad. Y no se podría atrapar a ningún estudioso serio dando abrigo a tal tipo de raciocinio.

La segunda área de evidencias de la inspiración de la Biblia es clasificada como evidencias externas. Ya hemos examinado la arqueología.

Ésta era una evidencia externa. Pero el cumplimiento de las profecías, la exactitud histórica de la Biblia e incluso la indestructibilidad de la Biblia tiene que ser, todo ello, considerado como evidencias externas. Estas evidencias serán consideradas al final de este capítulo.

Un breve examen de las evidencias internas y externas de la Biblia muestran que la Biblia no hubiera podido tener un origen humano. Los pensadores humanos, sencillamente, no hubieran podido llegar a redactarla. Y, en realidad, si se rechaza la inspiración de la Biblia, uno se ve obligado a decir que la razón humana lo hizo todo. Naturalmente, la conclusión lógica de tal manera de pensar es la negación del cumplimiento de toda profecía y la negación de que Jesús sea verdaderamente el Hijo de Dios. De hecho, la negación de la inspiración de cualquier sección de la Biblia llevará lógicamente a una negación de que Jesús sea el Cristo, el Hijo de Dios. ¡Y ésta es una negación ciertamente capital! Así que aquí nos es preciso comenzar un estudio del mismo texto de la Biblia. ¿Cómo concuerda con la inspiración?

AFIRMACIONES DE LA BIBLIA PASADAS POR ALTO

No se puede pasar por alto el hecho de que la Biblia hace claras afirmaciones de inspiración. Homero, Orígenes y Platón no hicieron tales afirmaciones de inspiración. Si la Biblia fuera meramente otro libro, sus abrumadoras demandas de inspiración serían ciertamente consideradas insensatas por parte de cualquier lector. Pero cuando leemos la Biblia, sus afirmaciones de inspiración suenan a todo menos insensatas.

Esteban, por ejemplo, afirmó que los judíos habían recibido las verdaderas *«palabras de vida»* de Dios (Hechos 7:38). Pablo dice que *«les ha sido confiada la palabra De Dios»* (Ro. 3:2). El Nuevo Testamento afirma ser la palabra de Dios (He. 5:12; 1 Pe. 4:11). Los profetas tuvieron la palabra de Dios puesta en sus bocas (Éxodo 4:12; Jeremías 1:7 9; Números 12:8). Isaías habló *«la palabra de Jehová»* a Israel (Isaías 1:10,20). *«Moisés escribió todas las palabras de Jehová»* (Éxodo 24:4). Moisés afirmó que *«ésta son las cosas que Jehová ha mandado que sean hechas»* (Éxodo 35:1). Y estas palabras son la Biblia.

Muchas veces, cuando los escritores del Nuevo Testamento citan a los escritores del Antiguo Testamento, el escritor del Antiguo Testamento es dejado a un lado y se da todo el crédito a Dios obrando por Su

Espíritu (Gálatas 3:8; Hechos 4:24,25; Hebreos 3:7). Con frecuencia, se afirma que son las mismas palabras de Dios las que están registradas en la Biblia (Éxodo 20:1; Daniel 10:9ss). Con frecuencia, un libro comienza afirmando que es «Palabra de Jehová» (Isaías 1:1,2; Jeremías 1:1; Oseas 1:1; Jonás 1:1; Miqueas 1:1; Sofonías 1:1; Malaquías 1:1). De hecho, frases como «la Palabra de Dios», «dijo Dios», «vino palabra de Jehová», «Habló Jehová», «Jehová mandó», etc., aparecen más de 3.000 veces en la Biblia.

La Biblia afirma ser «escritura» (Timoteo 3:16; Romanos 9:17; Gálatas 3:8). Los escritores de la Biblia escribieron «en el Espíritu» (Mateo 22:43; Hch. 1:16; cp. Hebreos 3:7). La advertencia de Juan en Apocalipsis 22:18,19, de no añadir a este «libro» sería verdaderamente una demanda extraña si la Biblia no fuera la Palabra de Dios. Josué registró por inspiración las palabras del pacto (Josué 24:26). Y Moisés registró «los mandamientos y los estatutos que mandó Jehová por medio de Moisés a los hijos de Israel...» (Núm. 36:13). La Biblia afirma claramente ser el libro verdaderamente dado por Dios. No podemos negar este hecho.

Las promesas de Jesús manifiestan la inspiración del Nuevo Testamento. Él les dijo a Sus discípulos que no temieran cuando estuvieran ante reyes y gobernadores, porque les sería dado qué decir (Mateo 10:17; Marcos 13:11; Lucas 21:12 15). Él prometió a los apóstoles que les sería dado qué decir (Mateo 10:17 20), y esto era una promesa directa de inspiración. Prometió que serían conducidos a toda verdad (Juan 14:16; 16:12,13). Los apóstoles y profetas recibieron y predicaron el misterio, el evangelio (Efesios 3:3 5; 1 Corintios 2:9 13). Los escritores del Nuevo Testamento hablaron y escribieron por inspiración «los mandamientos del Señor» (1 Corintios 14:37; cp. 1 Tesalonicenses 2:13; 2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 3:2,16). Jesús prometió todo esto. Y estas cosas fueron cumplidas en las vidas de los primeros discípulos. Ellos así lo afirmaron.

Así, la Biblia afirma abiertamente la inspiración. No puede haber dudas acerca de ello. Gerstner concluye acertadamente al decir: «*La Biblia podría, concebiblemente, afirmar ser una revelación sin serlo, pero no podría serlo sin afirmarlo. En tanto que la afirmación puede no ser un argumento a su favor, la ausencia de esta afirmación sería ciertamente un argumento en contra de ello.*»

CONFIRMACIÓN NEOTESTAMENTARIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Es en raras ocasiones que hoy en día se oye a alguien negar la inspiración del Nuevo Testamento sin negar simultáneamente la inspiración del Antiguo Testamento, y viceversa. Los dos Testamentos, Antiguo y Nuevo, no pueden ser separados. La mayor parte de la gente se da cuenta de esto. La negación de la inspiración del uno demanda la negación del otro. Ambos están tan estrechamente relacionados con confirmaciones entrelazadas, que no hay manera de separar entre ambos.

Los cuatro registros evangélicos (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) tienen aproximadamente 400 citas del Antiguo Testamento. Hay 278 diferentes versículos del Antiguo Testamento citados en el Nuevo. La epístola a los Hebreos cita 88 veces de 16 libros diferentes del Antiguo Testamento. «Los escritores del Nuevo Testamento eran inspirados, y cuando citaban del Antiguo Testamento evidenciaban la inspiración de los libros de los que citaban o, al menos, de las citas que hacían». Esta yuxtaposición de inspiración entre los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, es ligada por la confirmación por parte de los escritores del Nuevo Testamento de los escritores del Antiguo Testamento. Siguen a continuación unos ejemplos de esta confirmación unificadora:

A. El testimonio de Jesús

Jesús reconoció el Antiguo Testamento como palabra de Dios. Su afirmación de la inspiración y autoridad del Antiguo Testamento se puede ver en afirmaciones como: «*Escrito está*» (Mateo 4:4,6,7; Lucas 20:17), y «*¿Nunca leisteis en las Escrituras?*» (Mateo 21:42; cp. Marcos 12:10,11). En Juan 10:34 Jesús dijo: «*¿No está escrito en vuestra ley...?*» (cp. Salmo 82:6). Y luego en el versículo 35 se refiere a aquella ley diciendo: «*La Escritura no puede ser quebrantada*» (cp. 5:39). En Lucas 20:42 Jesús dijo: «*Pues el mismo David dice en el libro de los Salmos*», citando a continuación el Salmo 110:1. Pero en Marcos 12:36 Jesús citó el mismo Salmo y dijo: «El mismo David dijo por el Espíritu Santo». Así, Él afirma la inspiración de David y de los Salmos.

Jesús afirmó también la inspiración y autoridad de Moisés (Mateo 8:4; Marcos 7:8 11; Juan 5:45 47), los milagros de Elías al proveer para la

mujer de Sarepta (Lucas 4:25,26), la curación de Naamán (Lucas 4:27), el episodio de Jonás tragado por un gran pez (Mateo 12:39-41), las enseñanzas proféticas de Daniel (Mateo 24:15), la destrucción de Sodoma y Gomorra (Lucas 17:28-32), el diluvio del Génesis (Lucas 17:26,27), la muerte de Abel (Mateo 23:36) y muchos otros episodios del Antiguo Testamento.

Algunos enredan su teología alrededor de falsas teorías científicas. Al hacerlo así, o bien han distorsionado Génesis 1 hasta hacerlo irreconocible, o han tratado de resolver sus problemas o al menos creen que lo han conseguido llamando Génesis 1 un mito. Pero Jesús afirma la genuinidad de Génesis (Mateo 19:4-6). Y Pablo utiliza los hechos de Génesis en sus escritos (Romanos 5:14; 1 Corintios 11:8,12; 2 Corintios 11:3; 1 Timoteo 2:13). Así que o bien Jesús y Pablo estaban errados en su postura acerca de los orígenes, o bien el primer registro de los orígenes (Génesis 1) es cierto y verdadero. Y por cuanto no había ningún ser humano allí cuando todo ello tuvo lugar, Génesis 1 tiene que ser considerado como un registro inspirado de los acontecimientos. Después de todo, esto es lo que Jesús y Pablo pensaban acerca de este asunto. Y Jesús tiene que saberlo. ¡Él estaba allí! (Juan 1:1ss).

Así que la negación de cualquier sección del Antiguo Testamento pondría en tela de juicio, desde luego, la afirmación de que Jesús es el Hijo de Dios. ¿Acaso Jesús malentendió, citó mal o mal aplicó el Antiguo Testamento? ¿Fue engañado por los líderes judíos a pensar que el Antiguo Testamento era verdaderamente la Palabra de Dios? Si es así, entonces Él no era el perfecto Hijo de Dios.

B. El testimonio de Pablo

Pablo cita de veinticinco de los treinta y nueve libros del Antiguo Testamento en sus epístolas. En 2 Timoteo 3:16, con referencia primaria al Antiguo Testamento, Pablo escribió: «*Toda la Escritura es inspirada por Dios...*» Pablo afirma que el Espíritu Santo habló por medio de Isaías (Hechos 28:25). Reconoce asimismo la inspiración y autoridad de Moisés y de los profetas al citar de ellos y referirse a sus leyes inspiradas (Hechos 26:22,23; 1 Timoteo 5:18; Deuteronomio 25:4). Si Pablo se equivocó en su entendimiento de que «*toda la Escritura es inspirada por Dios*», entonces tenemos que llegar a la conclusión de que tampoco él era un escritor inspirado por Dios. Y si esto es así, ¿cómo podemos fiarnos de él con respecto a las otras enseñanzas en

el Nuevo Testamento? Esto resulta crítico cuando se considera que Pablo escribió las dos terceras partes del Nuevo Testamento.

C. El testimonio de Pedro

Pedro escribió: *«Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo»* (2 Pe. 1:21). Pedro también clasificó los escritos de Pablo como «escritura» (2 Pedro 3:15,16). Recordemos, Pablo dijo que *«toda la Escritura es inspirada por Dios»* (2 Timoteo 3:16). ¿También se equivocó Pedro en su entendimiento de que todas las Escrituras fueron traídas por el Espíritu de Dios?

Dios habló durante la dispensación del Antiguo Testamento en diversas maneras a los padres y a los profetas (Hebreos 1:1), pero Él nos ha dado Su revelación hoy por medio de Jesús, los apóstoles y profetas (Hebreos 1:2; Efesios 3:3-5). Negar la inspiración de los registros escritos de los profetas y apóstoles, es negar a Jesús como Hijo de Dios, porque Jesús prometió que el Espíritu Santo guiaría a los apóstoles a toda verdad (Juan 14:26; 16:13). Sería también una negación de la inspiración del Antiguo Testamento. Y los que mantienen que la Biblia se contradice a sí misma están en realidad diciendo que no está inspirada.

UNIDAD INSEPARABLE

La unidad de la Biblia es uno de los más poderosos argumentos que dan evidencia de su inspiración. Los siguientes puntos ilustran lo que significa por unidad, y cómo esta unidad sustenta la inspiración:

a. Unidad de escritores:

La Biblia es una recopilación de sesenta y seis libros y epístolas, todo ello escrito a lo largo de un período de alrededor de 1.500 años, por aproximadamente cuarenta autores. Estos hombres escribieron en diferentes períodos históricos y en diferentes localidades. Y, sin embargo, sus obras presentan una armonía total, con ausencia de contradicciones. Muchos escritores confirman la inspiración de otros. Pedro reconoce a Pablo como un escritor inspirado (2 Pedro 3:15,16). Los libros Primero y Segundo de Crónicas y Primero y Segundo de

Reyes se confirman mutuamente en cuanto a episodios históricos. Josué 1 verifica Deuteronomio 34. Jueces 1:1 verifica Josué 24:27-33. Jeremías 52:31 34 verifica 2 Reyes 25:25, 27 30. Esdras 1 verifica 2 Crónicas 36:22,23. Daniel se refiere a Jeremías (Daniel 9:2) y Ezequiel se refiere a Daniel (Ezequiel 28:3). ¿No testifica esta unidad que la Biblia tuvo que tener una divina mano conductora durante los muchos años en los que fue escrita? ¿Cómo hubieran podido tantos escritores haber tenido una tal armonía en su redacción?

B. Unidad orgánica

Homer Hailey escribió: «*La unidad orgánica implica tres cosas: En primer lugar, que todas las partes son necesarias para un todo completo; en segundo lugar, que todas son necesarias para complementarse entre sí; y en tercer lugar, que todas estén impregnadas de un mismo principio vital*». Examinemos de cerca estos conceptos.

1. Todas las partes completan el todo. Todas las partes y libros de la Biblia son esenciales. Todos agregan a la plenitud de la revelación de Dios al hombre. Libros como Rut, Ester, Cantar de los Cantares, Filemón y Apocalipsis tratan de áreas singulares de la revelación total de Dios. Ester nos relata la condición de Israel durante el cautiverio. Rut presenta la práctica del levirato hebreo y rellena un enlace vital en la genealogía de Jesús (Mateo 1:5; Lucas 3:32). Así que cada sección de la Biblia nos presenta con verdades necesarias y esenciales para la comprensión del todo.

2. Todas las partes se complementan. Todos los libros y epístolas son necesarios para completarse o complementarse entre sí. Mateo, Marcos, Lucas y Juan destacan distintos aspectos de la vida de Cristo a fin de relacionar el evangelio bien con el judío o con el gentil. También cada uno de ellos destaca un aspecto específico de la misión y ministerio de Jesús. Marcos destaca las obras de Jesús. Juan escribió para generar fe (Juan 20:30,31). Mateo dirigió su registro del evangelio primariamente al pueblo judío. Juntos, los registros evangélicos nos dan una visión completa de la genealogía, humanidad, divinidad, vida, muerte, resurrección y ascensión de Jesús.

3. Todas las partes completan un único principio vital. Todos los libros se centran en un solo principio vital la existencia de Dios y el deber del hombre de servirle-. Salomón llegó a esta correcta conclu-

sión: «El fin de todo el discurso oído es éste: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre» (Eclesiastés 12:13). Y cada libro de la Biblia es una llamada de Dios al hombre para que reconozca este principio.

C. Unidad de enseñanza

El tema evidente de la Biblia es: «El plan de Dios para redimir al hombre». Desde Génesis a Apocalipsis este tema es puesto en primer plano por los escritores bíblicos. Toda la revelación y actividad de Dios se centran alrededor de este tema. Lo asombroso acerca de este aspecto de unidad es que no hay contradicciones entre los escritores bíblicos acerca de este tema ni en ninguna otra enseñanza, aun a pesar de que escribieron a cientos de años y a cientos de kilómetros de distancia entre sí. Hamilton escribió: «*Si se pudiera probar claramente la existencia de contradicciones, el asunto se habría resuelto ya hace siglos, y no habría ya lugar para discusiones*».

Si existieran contradicciones, los críticos las hubieran mantenido delante de la vista del pueblo de Dios a lo largo de cada siglo desde el registro de una contradicción específica. Pero no lo han hecho. Y ello demuestra que las pretendidas contradicciones proclamadas por parte de algunos, simplemente no existen en la Biblia. ¿No es esto prueba de una paternidad divina? ¿Cómo hubieran podido los escritores armonizar sus enseñanzas a lo largo de los 1.500 años en que la Biblia estuvo siendo redactada, sin ayuda divina? James Orr escribió:

Pero la mente imparcial no puede ignorar el hecho de que en los escritos que constituyen nuestra Biblia hay una unidad y progresión, un propósito conductor, culminando en Jesucristo y Su redención, una plenitud y poder de verdad religiosa, que los sitúa en una categoría, y que llevan al reconocimiento de un origen singular correspondiente con su singular carácter.

Una vez más, ¿cómo podríamos explicar tal carácter si la Biblia sólo hubiera tenido una paternidad humana?

Si cuarenta hombres comenzaran a tocar instrumentos musicales, y como resultado surgiera un hermoso son de una música melódica en una maravillosa armonía, nos daríamos cuenta de que alguien había organizado y estaba dirigiendo su actividad. Si cuarenta hombres, a lo largo de un periodo de 1.500 años, escribieron literatura y sus escritos se presentan con un tema armonioso y sin ninguna contradicción, en absoluto, y con nadie fuera de sintonía con el tema general, tam-

bién nos daríamos cuenta de que alguien había organizado y conducido su actividad de redacción. Esto es simplemente lo razonable. Así que aquí tenemos que dirigir nuestra reflexión a las evidencias externas de la inspiración. En otras palabras, ¿qué hechos hay que rodeen el texto de la Biblia y que den apoyo a su inspiración?

PERMANENCIA INDUDABLE

En Mateo 24:33 Jesús dijo: «*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*». Pedro escribió: «*La palabra del Señor permanece para siempre*» (1 Pe. 1:25). Hay un principio de durabilidad aquí que rodea la palabra de Dios que tenemos que reconocer.

El canon completo de la Biblia ha estado en manos de los hombres durante casi 2.000 años. El Pentateuco (Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) ha estado disponible para el hombre casi por 3.600 años. ¿Cómo, o por qué, han estado estos libros tanto tiempo en circulación?

Siguiendo esta misma línea de raciocinio, es interesante señalar que hubo otros libros escritos por los judíos que eran contemporáneos con los libros de Josué, Números y Crónicas [Números 21:14; Josué 10:13; 1 Crónicas 22:29]. Pero estos libros no han sobrevivido hasta el día de hoy. Es evidente que los judíos no los consideraban sobre la misma base que a la Biblia. Los libros de la Biblia fueron confirmados como inspirados por las poderosas obras de Dios y eran por ello cuidadosamente guardados por los judíos. Ello constituye evidencia de que fueron verdaderamente confirmados y considerados inspirados hace miles de años. Y esta consideración los ha seguido desde el día en que fueron escritos hasta el presente.

El intento de Joacim de destruir la palabra de Dios cortándola con un puñal y arrojándola a las llamas, constituye una ilustración de cómo los malvados han intentado destruir la Biblia a través de los siglos (Jeremías 36:22,23). Durante las Edades Tenebrosas se hicieron muchos intentos de mantener la Biblia fuera del alcance del hombre de la calle. Las «quemadas de Biblias» vinieron a ser una práctica común de la iglesia de Roma. Los que eran atrapados en posesión de una copia de las Escrituras eran sometidos a tortura y muerte. Sí, la Biblia ha sobrevivido sin daños e invicta.

Voltaire dijo en una ocasión: «*Dentro de cincuenta años la Biblia ya no será considerada entre las personas instruidas*». Voltaire hizo esta

afirmación hace 200 años. Parece que se equivocó. Cuando Robert Ingersoll corría por las carreteras de América a principios de este siglo, dando conferencias en contra del cristianismo y de la Biblia, hizo esta afirmación en uno de sus discursos refiriéndose a la Biblia: «*En quince años tendré este libro en el depósito de cadáveres*». Pero en quince años él estaba en el depósito de cadáveres y la Biblia sigue en pie. Un escritor desconocido escribió en cierta ocasión el siguiente poema ilustrativo que hace referencia a la maravillosa durabilidad de la Biblia a través de los siglos:

*Frente a un herrero pasando anoche,
El batir sobre un yunque oí resonar,
Viejos martillos sobre el suelo yacían.
Gastados, usados, cansados de golpear.*

*«¿Cuántos yunques rotos van» inquirí-
«para así dejar tantos martillos?»
«Uno solo», el artesano dijo;
«El yunque al martillo puede, ¿no sabías?»*

*Pensé, pues: Sobre las Palabras de Dios
De la incredulidad fuertes golpes han caído;
Pero en medio del fragor de tal batir
Indemne el yunque queda... rotos los martillos.*

E. S. Bates dijo, y dijo bien: «*Ningún individuo, ningún Cesar ni Napoleón ha tenido una parte tan grande en la historia humana como este libro... Si sólo quedaran fragmentos y trozos de nuestra civilización, entre ellos todavía encontraríamos la Biblia, entera y sin daños. El libro que sobrevivió al Imperio Romano sobrevivirá a cualquier destrucción que pueda sobrevenir*».

ARMONIZA CON LA HISTORIA

La Biblia es totalmente armónica con la historia. La arqueología ha confirmado la exactitud histórica de la Biblia una vez tras otra. El campo de la arqueología no contradice la historia tal como ésta es presentada en la Biblia. Esto ha sido tratado en un capítulo anterior, pero tiene que recibir énfasis aquí para destacar la importancia de esta armonía. Coder y Howe escribieron: «Las Escrituras mencionan

grandes naciones, reyes, ciudades, pueblos, ligándolo todo con fechas y episodios específicos durante miles de años, sin cometer jamás ningún error [énfasis mío, R.E.D.]».

Tenemos que contender por la limpieza al tratar de ello. Cualquier otro documento es considerado exacto hasta que no se demuestra su inexactitud. Los que tienen prejuicios contra la Biblia la consideran inexacta hasta que no se demuestre que es exacta. Pero así es realmente el prejuicio contra la Biblia. Los que niegan la exactitud histórica de la Biblia tienen que demostrar que ello es así. ¿Pueden venir con una discrepancia histórica? ¿Pueden presentar una contradicción histórica con la Biblia? Estas discrepancias y contradicciones no pueden ser halladas. Y mirando a la historia ya pasada podemos suponer que ello nunca sucederá en el futuro.

LAS ESCRITURAS CONFORMAN LA SOCIEDAD

También se demuestra que la Biblia está por encima de la autoridad humana debido a su efecto sobre la humanidad. William Lyon Phelps escribió: *«La civilización occidental está basada en la Biblia; nuestras ideas, nuestra sabiduría, nuestra filosofía, nuestra literatura, nuestro arte, nuestros ideales, todo ello proviene más de la Biblia que de todos los demás libros juntos. Es una revelación de divinidad y de humanidad»*. ¿Podría un libro de paternidad meramente humana tener tal efecto sobre la sociedad? ¿Difícilmente! ¿Tiene alguien la capacidad de emitir principios que fuesen universales y adaptables para los hombres en todas las épocas? Los inútiles esfuerzos humanos para conseguirlo, desde el cierre del canon del Nuevo Testamento y en la antigüedad antes de ello, constituyen prueba de que esta tarea está más allá de su alcance. La Biblia tiene que ser de origen divino debido a la incapacidad humana para producir una manera de vivir como la que se expone en las Sagradas Escrituras.

Varios hombres principales de todas las épocas han reconocido el asombroso efecto que la Biblia ha tenido sobre las vidas de los hombres y su valor para conformar una manera de pensar y de vivir correctas. Jean Jacques Rousseau, un escritor francés escéptico, admitió: *«Tengo que confesar que la majestuosidad de las Escrituras me deja atónito., si hubiera sido invención humana, el inventor sería más grande que el más grande de los héroes»*. El general U. S. Grant dijo: *«Afe-*

rraos a la Biblia como el ancla firme de vuestras libertades, escribid sus preceptos en vuestros corazones y practicadla en vuestras vidas. Todos estamos en deuda hacia la influencia de este libro por todo el progreso hecho en la verdadera civilización, y a él tenemos que mirar como nuestro conductor en el futuro». John Quincy Adams también escribió: «He hecho mi práctica habitual durante varios años leer la Biblia entera una vez al año. Por lo general me dedico a su lectura durante la primera hora después de levantarme por la mañana». Abraham Lincoln escribió en 1864: «Toma este libro todo lo que puedas con la razón, y el resto con la fe, y vivirás y morirás un hombre más feliz y mejor». Woodrow Wilson dijo en un discurso en 1911, con referencia a la Biblia: «Un hombre se ha encontrado a sí mismo cuando ha encontrado su relación con el resto del universo, y aquí está el Libro donde se exponen estas relaciones». «Si permanecemos en los principios enseñados en la Biblia», advirtió Daniel Webster, «nuestro país prosperará, pero si nosotros y nuestra posteridad descuidamos su instrucción y autoridad, nadie puede decir cuán repentina catástrofe puede abrumarnos y sepultarnos a nosotros y nuestra gloria en una profunda oscuridad».

PRUEBA DE LA PROFECÍA

La profecía es la evidencia principal en apoyo de la inspiración de la Biblia. Debido a la importancia de este tema se dedicará un capítulo siguiente a ello. Aquí sólo consideraremos brevemente el tema en cuanto a su aportación como evidencia de la inspiración de la Biblia. En Deuteronomio 18:22 se da una cualificación necesaria para un profeta: «*Si el profeta hablare en nombre de Jehová; y no se cumpliere lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló el tal profeta; no tengas temor de él*» (cp. Jeremías 28:9). Israel podía probar a sus profetas mediante la profecía del profeta. Si se cumplían las profecías de un cierto profeta, era un profeta de Dios. Si sus profecías se incumplían, es que era un falso profeta. Era así de sencillo. Dios desafiaba a profetizar a los falsos profetas de la época de Isaías, sabiendo que sus profecías se incumplirían. Y el pueblo podía saber así que estos profetas eran falsos (Isaías 41:22,23; 45:21). Esta es una prueba para los profetas de todo tiempo. Pero los verdaderos profetas de Dios fueron probados ciertos en todas las profecías. Cuando hablaban de acontecimientos futuros, las palabras que habían pronunciado se cumplieron. No se trataba aquí de prueba y error. La Biblia contiene literalmente cientos de profecías

que fueron cumplidas. Profecías como la de Isaías, capítulos 13 y 14, acerca de la caída de la gran ciudad Babilonia, han sido indudablemente cumplidas. Las naciones y las ciudades de Tiro (Ezequiel 26), Egipto (Isaías 19: Ezequiel 29, 30), Edom (Abdías), Nínive (Nahum), y una gran cantidad más oyeron la profecía de su destrucción y posteriormente fueron destruidas. ¿Hubieran podido saber estos profetas estas cosas cientos de años antes de que tuvieran lugar? La probabilidad de que estas profecías se cumplieran por mera casualidad está más allá de la razón y de la lógica.

El Antiguo Testamento contiene más de trescientas profecías acerca de Jesús. Todas estas profecías se cumplieron. Peter W. Stoner calculó matemáticamente que la probabilidad de que un hombre cumpliera la profecía de Miqueas 5:2, acerca del hecho de que Jesús nacería en Belén de Judá, en relación con las otras profecías acerca de su vida, sería de 1 en 2.8×10^5 (ver referencia). Stoner calculó que la probabilidad de que se cumplieran todas las profecías acerca de Jesús justo en el momento adecuado de la historia sería de 1 en 1.7×10^{245} , lo cual es un número fantásticamente grande.

Podemos comprender por qué Dios dijo a Sus discípulos: «¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho...! Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían» (Lucas 24:25,27). ¡Y cuán tardos de corazón son algunos hoy en creer en la precisión profética de la Biblia!

ACLAMACIÓN COETÁNEA

Otro argumento en favor de la divinidad de las Escrituras, y que es muchas veces pasado por alto, es la aceptación de la inspiración de las Escrituras por parte de la Iglesia Primitiva. Aquellos que fueron testigos del poder divino de que se había investido a Pablo, Pedro y el resto de los obreros de Dios en manifestación de milagros, no arrojaron dudas a su palabra como siendo de Dios. Cuando Dios por mano de Pablo cegó a Barjesús, la Biblia dice que Sergio Paulo, que había sido testigo del hecho, creyó (Hechos 13:12). Y así creyeron una cantidad innumerable que fueron testigos del poder de Dios. Cuando los profetas de Israel mostraron pruebas de haber sido enviados por Dios por el poder de los milagros y de la profecía que les había sido dado por Dios, el pueblo aceptó lo que dijeron o escribieron como procedente

de Dios. Pocos fueron los que dudaron o negaron su credibilidad o sus escritos inspirados. La Iglesia del Nuevo Testamento en los primeros siglos de su existencia aceptó plenamente los escritos de los apóstoles y profetas sobre la misma base.

Los documentos del Nuevo Testamento vinieron a ser puestos en duda siglos después de la muerte de aquellos primeros testigos. Sólo después de que se desvaneciera el efecto de la confirmación milagrosa de la palabra de Dios, proclamaron sus pretensiones los escépticos. Pero los padres apostólicos citan las epístolas del Nuevo Testamento como Escritura, aceptándolas sin ningún género de dudas. Warfield afirma este extremo de la siguiente manera:

Está meridianamente claro, entonces, que la crítica moderna no ha demostrado que la Iglesia coetánea resistiera la afirmación de los escritores del Nuevo Testamento ni que se enfrentara a su afirmación de inspiración; es bien precisamente lo contrario. Cada migaja de evidencia en este caso exhibe a la iglesia apostólica no rechazando, sino reconociendo de manera clara la autoridad absoluta de los escritos del Nuevo Testamento. En el breve período de los fragmentos de la literatura cristiana de las dos primeras décadas del siglo segundo tenemos a Mateo y Efesios citados claramente como Escritura, los Hechos y las Epístolas de Pablo nombrados específicamente como parte de la Santa Biblia, y el Nuevo Testamento como consistente en registros evangélicos y escritos apostólicos formando una colección sagrada primitiva en la inspiración del Antiguo Testamento está fuera de discusión, y veremos que el significado de todo aquello es simplemente éste: La iglesia apostólica ciertamente aceptaba los libros del Nuevo Testamento como inspirados por Dios. Estos son los resultados de la indagación crítica acerca de las opiniones de que este tema tenían los escritores de la Iglesia que vienen inmediatamente a continuación de los apóstoles.

RECAPITULACIÓN

Al observar las evidencias internas y externas que acaban de ser examinadas, uno es llevado a la conclusión de que la Biblia es más que una mera colección de epístolas y libros escritos por autores humanos. Es más que esto. ¡Tiene que ser el Libro de Dios!

Este autor cree que el rechazo de la inspiración de la Biblia expresado por muchos críticos, es en parte el resultado de hombres que intentan rehuir las responsabilidades de una vida recta. Los hombres que no

quieren que se les gobierne o que se les tenga como responsables ante un juez y legislador, llegarán al final a negar la autoridad y credibilidad del juez y de su ley. Hacer esto con la Biblia es dejar al hombre sin un fundamento sobre el que erigir una fuerte sociedad. Es dejar al hombre errando sin rumbo a través del tiempo, sin esperanza ni promesa. Pinnock concluye diciendo:

Ponerse fuera de la sombra de las Escrituras no es un privilegio de la libertad cristiana; es el poner la cabeza debajo de la arena del racionalismo. Porque ello no le pone a uno en la luz más clara de la revelación directa, sino en la densa tiniebla de la total ausencia de revelación. Esta tiniebla reduce al final todo el universo a una máquina inhumana sin orígenes personales, y condena la vida humana a una trágica futilidad.

Sí, la Biblia es la palabra de Dios. Es Dios hablando al hombre (2 Pedro 1:21, 2 Timoteo 3:16,17; Hebreos 1:1,2); Dios hablando por medio de hombres a hombres (Ezequiel 2:7; 3:4, 19, 11, 17). Es Dios hablando por el Espíritu Santo a través de hombres a los hombres (Lucas 1:70; Romanos 1:2; 16:26; Hechos 28:25), Si no es inspirada, entonces somos criaturas sentenciadas, sin un solo rayo de luz que nos conduzca a través de la oscura estancia de la vida. Esto no es un argumento en favor de la inspiración de la Biblia, sino sólo el aturridor caos con que se nos deja si no tenemos hoy la palabra de Dios. Pero podemos sentirnos agradecidos y felices por tenerla.

Tomado del libro “El Ocaso de los Incredulos”, de Roger E. Dickson

EL LIBRO DE LOS LIBROS

Existe un libro al que con justicia se le llama “el libro de los libros”; es un libro antiguo, cuyas primeras partes se escribieron hace muchísimo tiempo, incluso, siglos antes que los grandes clásicos de la antigüedad; así, como decía José Flórez, antes de la *Ilíada* y la *Odisea* de Homero, y anterior a la *Eneida* de Virgilio; anterior a las tragedias de Esquilo y a los analectas de Confucio. Incluso, el escritor de la primera parte se valió de documentos anteriores a él, que de vez en cuando cita. Es un libro que ha venido acompañando a la humanidad desde sus albores y cuya influencia es la más benéfica que se haya podido conocer en toda la historia; su aceptación ha sido inmensa; más que la de cualquier otro libro, incluidos todos los clásicos. De este libro se conservan copias en mayor profusión que de todos los demás libros apreciados por la humanidad. Es un libro para la humanidad en general, que halla cabida en toda raza y nación, en toda clase social e idiosincrasia, saneando las costumbres, elevando el nivel de las gentes y los pueblos, en la medida que conocen el Libro y son penetrados por su Espíritu.

Es el libro que más se imprime y se traduce; son millones las copias que se hacen de él cada año y existen personas e instituciones especialmente dedicadas a la distribución de este libro; se ha traducido a todos los idiomas importantes del mundo y literalmente a miles de dialectos; y se sigue traduciendo y poniéndose al alcance incluso de las más salvajes tribus, pues se conocen sus efectos positivos; se da el

caso incluso de que el dialecto de una tribu se escribe por primera vez para poder tener una traducción de este libro.

Su influencia, decíamos, es, pues, enorme; grandes poetas y artistas deben su inspiración a este libro, y el influjo de este libro los ha hecho famosos; ni qué hablar de los filósofos, estadistas, santos y teólogos; sin este libro no hubieran sido lo que fueron.

El libro es una colección de diferentes tipos de escritos; hay en él historia, poesía, leyes, profecías, cartas, dichos, etc, pero aunque tan diversos estilos se entremezclan, sin embargo constituyen una sola Obra Maestra, con sólo un tema básico hilvanando las distintas partes, que por reflejar distintas situaciones, típicamente humanas, le dan al libro una riqueza espiritual, psicológica y estética tan maravillosa, que indagar en él es como penetrar en una mina inagotable de tesoros.

Nunca termina uno de leer este libro, pues cuando pensábamos haberlo leído todo, hallamos nuevas cosas nunca imaginadas, que nos hacen escudriñarlo de nuevo. Hay personas que por muchos años han estado sumergidos en él, pero no terminan de desentrañar sus tesoros. El tema central trata de una revelación maravillosa; es la historia de cómo Dios se ha revelado al hombre, y qué ha hecho para salvarlo; nos muestra el desarrollo del Plan Divino, retrocediendo hasta el más ignoto pasado; sí, hasta el mismo principio, y entonces nos guía a través de los tiempos mostrándonos la mano maestra del Alfarero Universal, Dios, detrás de todos los acontecimientos de la historia humana. Es un libro milagroso, sí, lleno de asombrosa profecía cuya exactitud y cumplimiento nos asombra; hoy, los siglos se visten de acuerdo a sus previsiones; y si hablamos de profundidad, debemos confesar que el libro tiene la capacidad de desnudar el corazón humano y penetrar a donde ningún otro ha penetrado; sí, el libro maneja en sus manos el corazón del hombre y demuestra controlar su historia presente y su futuro.

Es un libro al que vale la pena escudriñar; no sólo pseudo-leer, sí escudriñar; oh, si se estudiase este libro más que cualquier otro libro, y

se pusiera en práctica, se obtendrían mayores beneficios de los ya obtenidos.

Fueron varios los hombres que colaboraron con el Autor de este libro. Algunos fueron poetas, otros reyes, otros campesinos, otros legisladores, otros escribas, otros pescadores, otros cobradores de impuestos, otros generales; en fin, de varios tipos de hombres; pero el Autor, es evidente, ha sido solamente UNO. Efectivamente, Dios dirigió a Moisés y le habló, y éste entonces registró sus palabras y hechos.

Josué y los jueces de Israel continuaron la historia.

Los profetas recogieron las visiones y las palabras que recibieron de Dios y las conservaron.

Poetas como Job, David, Salomón y Jeremías contaron los dolores y las alegrías del corazón del hombre; se historió la vida de la nación de Israel para enseñarnos con ella lo que significa estar cerca o lejos de Dios; además, para preparar con ella el advenimiento del Mesías Salvador, primero como Profeta y sacrificio sufriente, expiación tipificada en los ritos mosaicos, y entonces, Rey que alumbra a los gentiles y que se sentará en el trono de David para reinar en paz de mar a mar, sobre el Monte de Sion. El Mesías, he allí el meollo del libro de los libros, el núcleo central.

Nos muestra primeramente el libro la preparación de su advenimiento; y entonces nos cuenta la historia de su visitación y la introducción del Reino, explicándonos su operación actual hacia un fin determinado, definido y cercano. Con los evangelios, los Hechos apostólicos y sus epístolas y con el Apocalipsis, nos abre el Libro de los libros las puertas del cielo por el conocimiento del Mesías, Jesucristo, Hijo de Dios. No seamos, pues, tan insensatos como para desconocer el Libro de los libros, "La Biblia".

Gino Iafrancesco V.

Otras Publicaciones:

El camino de la cruz

Una vida de sencillez – parte 1

Una vida de sencillez – parte 2

La paz de Dios

Los bocados de la mesa del rey – Tomo I

Los bocados de la mesa del rey – Tomo II

La Biblia es la palabra de Dios

La cena del Señor

El yugo desigual

El testimonio de Watchman Nee

El testimonio de Bakht Singh

EDICIONES TESOROS CRISTIANOS

Recursos cristianos para la edificación del cuerpo de Cristo

Contacto en Venezuela: E-mail tesoros cristianosv@hotmail.com

Teléfonos: 0412-4942934 / 04128843307

Contacto en Colombia: E-mail tesoros cristianos@gmail.com

Teléfonos: 571-7100312 / - 312 8879886

www.tesoroscristianos.net